



VNIVERSIDAD  
D SALAMANCA

## XV PREMIO REINA SOFÍA DE POESÍA IBEROAMERICANA

Palacio Real de Madrid, 30 de noviembre de 2006

1.

### ✠ Discurso del Rector Enrique Battaner Arias

Señora,

En esta decimoquinta edición del Premio que lleva Vuestro Nombre, son muchas las circunstancias que la Universidad de Salamanca desearía hacer resaltar. En primer lugar, añadimos el nombre de Antonio Gamoneda a la espléndida nómina de ganadores de un Premio que ya es referencia en las letras iberoamericanas, poniendo el listón aún más alto, si cabe, para la decimosexta edición. Añadimos también el nombre de Antonio Gamoneda al olimpo de quienes, además de Vuestro Premio, han recibido el Premio Cervantes: Gonzalo Rojas, Álvaro Mutis y José Hierro; si bien Gamoneda reúne la concesión del Cervantes con la entrega del Reina Sofía el mismo y venturoso 30 de Noviembre de 2006. Premiamos asimismo a una obra surgida esencialmente del silencio a partir de un tiempo, el de nuestra transición política, en el que el griterío externo era ensordecedor; y de cuya futilidad da cuenta el propio Gamoneda, al tiempo, paradójicamente, que de su fecundidad da fe la obra del mismo poeta que la denuncia. Permitirá asimismo Vuestra Majestad que añada, con un tanto de orgullo institucional por mi parte, que la antología de la obra poética de Antonio Gamoneda, que ayer vio la luz de la mano de dos profesores salmanticenses, Fernando Rodríguez de la Flor y Amelia Gamoneda, culmina una colección que, junto con otras catorce previas, ha obtenido el Premio a la mejor colección en Editoriales Universitarias. La fuerza poética de los premiados, la agudeza y erudición de los antólogos, el cuidado editorial, casi el mimo, puesto en cada uno de los volúmenes por nuestra editora universitaria y Patrimonio Nacional, unidos al Alto Patrocinio de Vuestro Nombre han dado el fruto que de tal unión cabe esperar.

No es esta ocasión para que yo entre a comentar la obra de Gamoneda. Lo han hecho los antólogos y sin duda lo hará a continuación él mismo, con ese desapego que tanto nos sorprende a los profanos cuando un creador habla de su obra. Pero si quisiera añadir mi modesto homenaje hacia esta obra poética que hoy exaltamos. Lo haré desde mi propio terreno, las ciencias de la vida, en parte para disimular mi inevitable condición de diletante institucional, y en parte para pretender añadir algo que se salga del camino trillado del elogio, que aunque sinceramente sentido, no deja de insinuar un cierto formalismo del que intentaría huir si así pudiera hacerlo.

Como sabéis, Antonio Gamoneda ha escrito el libro titulado “*Libro de los venenos. Corrupción y Fábula del Libro Sexto de Pedacio Dioscórides y Andrés de Laguna, acerca de los venenos mortíferos y de las fieras que arrojan de sí ponzoña*”. El afamado médico segoviano Andrés de Laguna publicó en Salamanca en el siglo XVI una serie de ediciones de la traducción del famoso tratado de Materia Médica conocido como el *Dioscórides*. La popularidad indiscutible de este último en la Historia de la Medicina y de la Farmacia, así como en la Historia Natural no pueden, sin embargo, ocultar los lúcidos y sintéticos juicios que el gran médico español añade al texto dioscorídeo. Publicadas todas ellas en Salamanca, he de hacer notar que desgraciadamente, nuestra biblioteca no posee ningún ejemplar de las ediciones de Laguna. Sí que tenemos, para nuestro orgullo, una edición griega manuscrita del siglo XV.

Pues bien, Gamoneda corrompe – así lo afirma él mismo – el texto para convertirlo en poesía. Y yo, modesto hombre de ciencia, no puedo admitir que la poesía sea corrupción de la Ciencia. Antes bien al contrario, pues siempre he sostenido que la belleza es intrínseca a la certeza científica. Ved que he dicho certeza, y no verdad, porque la Ciencia nunca llega a enunciados últimos y finales, de la misma manera que, para nuestra satisfacción, nunca habrá una poesía última y definitiva.

Cuenta James Watson – autor, junto con Francis Crick – del enunciado de ese icono de nuestro tiempo cual es la doble hélice del ADN, icono que nos remite a escenarios inquietantes, que cuando concibieron la estructura – ese acto indefinible de la creación científica – el pensamiento que pasó por su cabeza fue: *La estructura era tan bella que tenía que ser cierta*. Podríamos citar innumerables ejemplos, desde la presencia de la proporción áurea en minerales, animales o plantas, hasta la belleza de la fórmula de Euler, que agrupa a las cinco constantes más importantes de la Matemática. Pero no conozco quien haya llevado todo eso al terreno de la poesía; sí conozco, sin embargo, quien ha llevado las acertadas glosas de Laguna al Dioscórides a la belleza poética: Antonio Gamoneda.

Gamoneda nos lleva en esta aventura no a un terreno de corrupción – como él mismo se atribuye, de forma un tanto forzada – sino de exaltación de la poesía que subyace al texto científico. Y es ahí donde el científico ha de encontrar un terreno compartido con el poeta, en ese acto de creación que, partiendo de extremos opuestos, y yendo en sentidos contrarios, pueden llegar a encontrarse en una síntesis de Naturaleza, interpretada por el hombre, esto es, Ciencia, con Poesía, como obra del hombre, esto es, lo que estudiamos con el nombre de Humanidades.

Señora: Todas aquellas veces que he tenido del honor de presentar ante Vuestra Majestad el Premio Reina Sofía he terminado mis palabras hablando de encuentros. Encuentro de las lenguas hermanas española y portuguesa en Sophia de Mello; encuentro de ética y estética en Juan Gelman; encuentro de palabra e idea en Caballero Bonald. Puede parecer pobre mi apreciación de encuentro entre Ciencia y Poesía en una obra tan multiforme, tan poliédrica como la de Gamoneda; pero es la mía y a ella tengo que remitirme. Y encuentro, en fin, entre la Universidad Vicedecana de España, Alcalá de Henares, en cuyo Paraninfo se entrega el Cervantes, con la Universidad Decana, Salamanca, que junto a Patrimonio Nacional patrocina el Reina Sofía.

Que siga Vuestra Majestad tal como hoy y como siempre: presidiendo encuentros.